

Pandemia, territorios inmateriales y la historia del futuro

Carlos Bustamante López¹

Resumen

La pandemia de Covid 19, ha puesto en mayor evidencia que la labor del historiador ya no puede quedarse sólo en las fuentes tradicionales, ya que dicha coyuntura mostró que las plataformas virtuales y las redes sociales son, y serán, instrumentos de análisis que cobran cada día más relevancia. Representan fuentes de información que requerirán ser tomadas en cuenta por el futuro historiador, además de implicar un reto respecto a su uso crítico. Serán entonces los *territorios inmateriales* de la virtualidad, que coexistirán con el documento escrito como *territorio material* de indagación.

Palabras clave: virtualidad, territorio, historia, pandemia.

Pandemic, intangible territories and the future of history

Abstract

The Covid 19 pandemic has made it more evident that the historian's work can no longer remain only in traditional sources, since this situation showed that virtual platforms and social networks are, and will be, analysis instruments that charge every day more relevance. They represent sources of information that will need to be taken into account by the future historian, in addition to implying a challenge regarding their critical use. They will then be the immaterial territories of virtuality, which will coexist with the written document as a material territory of inquiry.

Keywords: virtuality, territory, history, pandemic.

¹ Profesor-investigador del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias sobre Desarrollo Regional de la Universidad Autónoma de Tlaxcala, miembro del Seminario de Desarrollo Regional y Urbano de la Maestría en Análisis Regional. Correo: carlos.bustamante@uatx.mx

Introducción

Este ensayo quiere llamar la atención, sobre un tema que está siendo discutido en diversos foros académicos desde hace varios años, intensificado por la aparición de la pandemia de Covid 19 y las profusas noticias que sobre esta epidemia han surgido. Se trata, pues, de la multiplicidad de información que en los últimos años se ha generado a través de las redes sociales, respecto a tópicos de diversa índole que se generan en la sociedad contemporánea, acelerada por el proceso pandémico de comienzos del 2020. Si hay un signo que marque la etapa actual de la globalización, es la tecnología de la información y comunicación que desde hace décadas ha crecido enormemente, con un acceso no sólo a las grandes empresas y corporaciones sino, incluso, a un amplio espectro de la sociedad.

Es a través de las llamadas redes sociales, utilizando el medio físico de celulares, computadoras y tablets, que las plataformas digitales como *Facebook*, *Instagram* y *Twitter*, posibilitan que numerosas personas generen información, opinen sobre aspectos de la realidad social y difundan materiales gráficos e imágenes. ¿Qué tiene que ver esto con la historiografía actual y futura? De manera reciente, diversos historiadores del ámbito nacional e internacional han reflexionado sobre las implicaciones que tiene la gran cantidad de información que se genera y se dispone, prácticamente, de manera pública. En el futuro, esta información será por analogía el equivalente al documento escrito, fuente tradicional de la historia localizada físicamente en los archivos.

El ensayo inicia con una revisión de la noción de territorio, particularmente en la idea de que se genera en la web (ciberespacio) una espacialidad, que si bien no está materializada como habitualmente se identifica en un concreto material, se trata de un territorio como producto de una construcción social, la cual tiene, en este caso, características inmateriales. Ámbito en el que los futuros historiadores intensificarán sus tareas para realizar actividades de investigación. La segunda parte del documento da cuenta, brevemente, sobre la creciente importancia que para los historiadores tuvo el acceso de fuentes bibliográficas y de archivo, a través del internet; siendo con ello un primer modo de contactar con el ciberespacio y comenzar a reestructurar la investigación histórica. Un tercer apartado, revisa el debate generado en el ámbito historiográfico respecto a la importancia de ir reflexionado sobre las redes sociales como fuente histórica. Se plantea aquí ese tránsito paulatino, pero ineludible, que está ocurriendo del territorio material que representa el documento escrito al territorio inmaterial de las redes virtuales ubicadas en el ciberespacio.

1. Virtualidad y territorios (inmateriales)

Desde una perspectiva filosófica, Parra (2016) llama la atención de que la virtualidad no sólo es un asunto al desarrollo de softwares, habilidades informáticas y uso de tecnologías digitales que se concretan en ámbitos sonoros y gráficos. Este autor llama la atención de que la virtualidad está, de hecho, en la constitución misma del ser humano. Se trata del lenguaje, la técnica, la religión, la política, el arte; siendo todos ellos escenarios complejos de virtualidad que construyen procesos de humanización. En todo caso, la virtualidad entendida como “realidad”, es un proceso tecnológico que viene de los años ochenta del siglo pasado, y se consolidó una década después. De hecho, “[...] ha conseguido mantenerse como eje conceptual de transformación luego de la aparición de Internet” (Parra, 2016: 261).

En suma, para este investigador la virtualidad es un proceso que data de muchos años antes, en donde el proceso de humanización desde diferentes aristas, como las ya señaladas, le confieren una añeja existencia. Ahora bien, cuando se habla de virtualidad como un proceso de avance de desarrollo de tecnología, es claro que se encuentra anclada a la idea de la creación y existencia de un ciberespacio; siendo para el autor citado, esencialmente, la existencia de un mundo no físico, sin límites o bordes materiales visibles, en el que las personas se interconectan para interactuar.

No obstante, desde el ámbito geográfico, Blanca Ramírez (2015) ha llamado la atención de cómo ese desarrollo tecnológico ha impactado en la vida social y cotidiana, sumergida en el mundo del Internet y las conexiones inalámbricas a través del llamado *WiFi*. Al igual que Parra, Ramírez (2015: 62) reconoce la creación del ciberespacio, si bien lo caracteriza de la siguiente manera:

Tiene que ver con redes de computadoras, con sistemas de comunicación, con aparatos como los teléfonos celulares, las tabletas y los GPS, con aplicaciones como las redes sociales y la realidad aumentada. *Todo ello es el sustento de una dimensión espacial superior simulada que media los vínculos sociales, las acciones, las prácticas y las marcas territoriales* (las cursivas son mías).

Parece evidenciarse con lo señalado por Ramírez, en la primera parte de la cita, que, por una parte, el ciberespacio se trata de un asunto en el que hay artefactos definibles de forma concreta, además de pasar por la “materialidad” de los mismos softwares; todos ellos medios que sustentan la comunicación entre las personas. Pero lo realmente relevante, es la apreciación de cómo

estos generan y crean una dimensión espacial en cuanto hay actores sociales que se relacionan, construyendo una huella territorial en el ciberespacio.²

En geografía, la categoría de territorio es una pieza clave desde hace varias décadas, pero no pensada sólo en relación a la idea de una superficie terrestre, mensurable y que se vincula a una cuestión de orografía o de relieves naturales; o como también ha sido planteada, el territorio vinculado a un régimen político-administrativo. Fernandes (2010: 2) señala que, por el contrario, este concepto denota actualmente que el espacio es una producción social en tanto los actores tiene una intención específica de construirlo y actuar en él, pero también como esa edificación social, a su vez, orienta futuros cambios o modificaciones en el territorio. Del mismo modo se ha señalado, la generación de multiterritorios que coexisten en un mismo espacio (Fernandes, 2010: 9).

Lo anterior, en buena medida, pertenece al plano de lo concreto, de lo mensurable. Si bien hay que señalar como lo hace el mismo Fernandes, que existe además una multidimensionalidad del territorio, y con ello llama la atención respecto a la existencia de un territorio inmaterial e intangible, que se desarrolla en la elaboración de paradigmas, teorías o planes de desarrollo. De acuerdo con este autor:

El territorio inmaterial pertenece al mundo de las ideas, de las intencionalidades, que coordina y organiza el mundo de las cosas y objetos: el mundo material. La importancia del territorio inmaterial está en la comprensión de los diferentes tipos de territorio material. Nosotros transformamos las cosas, construimos y producimos objetos en la producción del espacio y el territorio. (Fernandes, 2010: 15)

Así, todo territorio material tiene como origen un territorio inmaterial, ya sea en el plano de la política o de la ciencia, el cual entra en disputa por determinar cuál es el que se construye en la materialidad. Siendo las personas y los grupos quienes imaginan, recrean y, finalmente, construyen el territorio.³

² El ciberespacio como fenómeno social y los efectos espaciales que origina, desde principios del siglo XXI ha sido estudiado a través de temas como las geografías virtuales, ciberciudades, ambientes virtuales, identidades y prácticas de la cibersexualidad y cibercuerpos, comunidades digitales y representaciones cartográficas de los espacios; entre otras posibilidades.

³ Si bien el texto de Saquet (2015) no menciona al territorio inmaterial como tal, es importante mencionar la existencia de este amplísimo trabajo donde, desde el enfoque de la geografía contemporánea, se expone una profunda visión de la relación entre el espacio y el tiempo en el territorio.

Esta idea del territorio inmaterial, planteada por Fernandes (2010), sirve para los propósitos de este ensayo, en el sentido de pensar de forma análoga a las redes sociales. Es decir, al ser éstos elementos del ciberespacio, conforman un territorio inmaterial e impalpable, siendo una virtualidad en la que se crean, discuten y difunden ideas de individuos.⁴ Las cuales son divulgadas, como ya se ha hecho notar anteriormente, a través de medios físicos como los celulares y tablets.

Y si bien es en las redes sociales donde el ensayo quiere orientar la discusión, es cierto que un conjunto de corpus de información a la que se puede acceder en Internet para revisar o difundir documentos, artículos, libros y blogs temáticos; han sido desde hace más de un par de décadas, al menos, un primer modo de ingresar para los historiadores a la virtualidad del ciberespacio. La siguiente sección quiere brevemente señalar algunas consideraciones al respecto, para dar cuenta del impacto que ha representado para los historiadores el Internet como medio de investigación.

2. Internet como fuente virtual

De acuerdo con Ucelay-Da (2015: 284), a mediados de los años noventa del siglo XX, el internet fue una realidad expansiva que cambió la forma de hacer investigación.⁵ Así, la posibilidad de acceder a diferentes repositorios en la virtualidad de la red de internet, significó para los historiadores una modificación importante, sino radical, en la forma de hacer historia. Por un lado, la difusión de los productos de investigación en la red, el reconocimiento sobre los mismos, la propagación del trabajo intelectual, la publicación de trabajos eruditos en la especialidad y aquellos de una amplia circulación. En otro sentido, comenzó el acceso virtual a las fuentes de información como artículos

⁴ Un estudio reciente de Lechón y Ramos (2020), sobre el *hacktivismo* en México, concluye que para esta práctica el internet es presencial, material y con impacto en la realidad. Es un territorio porque su infraestructura produce relaciones humanas, siendo un espacio donde se dirimen conflictos de índole simbólico y afectivo, además de los de tipo político y empresarial (en este último caso la disputa por la información existente en la red).

⁵ Rubio (2003) elaboró en los primeros años del siglo XXI, una síntesis para el caso español de numerosos repositorios digitales disponibles en ese momento. Además, realizó un interesante ejercicio del origen del internet y balance del sistema de búsqueda en relación con la conectividad. Un ejercicio similar, llevó a cabo Fernández (2000) con una amplia descripción sobre los primeros usos de internet en la investigación histórica, pero específicamente sobre las búsquedas posibles en repositorios digitales relacionados con la historia moderna española.

de revista, libros completos, o bases de datos de notas periodísticas, gráficas y archivos documentales.

El hecho, es que tal cantidad de información ha terminado por dejar en la virtualidad de internet una masa inmensa de datos y accesos inmediatos de búsqueda, por lo que “[...] la funcionalidad para el análisis a largo plazo se hace... más incómoda, sencillamente por el tamaño ingente de datos [...]” (Ucelay-Da, 2015: 286).

A esta cuestión sobre la gran cantidad de información, se añade otra que cualitativamente dirige la mirada a lo que, señala Eiroa (2018: 85), se conoce en el mundo anglosajón desde principios del siglo XXI como *Digital History*; término que abarca cuestiones como la tecnología y su uso para la representación, visualización y accesibilidad de la investigación histórica y sus resultados. Asimismo, genera preguntas e hipótesis que surgen de la conectividad y de la interacción a partir del ciberespacio; siendo esto último, por cierto, de especial interés para los fines que persigue la parte final del artículo y que se ampliará en la última sección del mismo.

Además, es relevante que Eiroa ponga en perspectiva un tipo de historia que denomina como *historia nacida digital*, haciendo con ello referencia a las fuentes digitales y el uso de nuevas tecnologías. Incluso, se trata de iniciativas no precisamente académicas para difundir contenidos históricos, como es el caso de los blogs, redes sociales, plataformas y apps. Lo cual, como bien señala la autora, “[...] sugieren reflexiones epistemológicas y heurísticas, nuevas y diferentes formas de exploración transmisión del pasado, a veces en escenarios ajenos a la investigación académica” (Eiroa, 2018: 86).

Una de las propiedades de las fuentes nacidas digitales, y que alimentan a la disciplina histórica, es precisamente la interactividad entre los usuarios, mediada por el uso de tecnologías, ya sean lectores o investigadores. Con ello, el investigador –historiador– puede conocer el punto de vista no sólo de especialistas, sino también de los individuos interesados respecto a una temática particular. De esta manera, el ciberespacio y las redes sociales, permiten conocer las ideas y percepciones de los testigos contemporáneos del fenómeno en estudio; situación que en algunas ocasiones sólo podía ser rescatada con un trabajo de historia oral, cuando el tema lo permitía.

El historiador del futuro, tendrá pues entre manos a diversos actores que le permitirán confrontar puntos de vista, pero también le impone un reto:

En Internet son muchas las voces activas, desde los gobiernos a las instituciones, los líderes o los individuos que nunca habían tenido presencia pública. Todas

ellas constituyen una fuente primaria para los historiadores cuya validez y credibilidad ha de ser evaluada y analizada. (Eiroa, 2018: 91)

Para cerrar esta sección del artículo, es importante comentar la reflexión que Semo (2021) realizó en un medio periodístico mexicano, a propósito de la relevancia de los medios digitales frente al medio escrito, y los impactos que la pandemia de Covid-19 generó al gremio de los historiadores en su trabajo con las fuentes históricas de archivo, que tradicionalmente son el principal insumo de la investigación en este campo de conocimiento. De acuerdo con él, los historiadores dada la coyuntura sanitaria, han tenido que voltear inmediatamente su mirada a la biblioteca virtual que ofrece la web de internet, con la posibilidad de acceder desde cualquier parte del mundo, prueba veraz de la globalidad que ha alcanzado la virtualidad.

No obstante, y siguiendo argumentos recientes elaborados por el historiador italiano Carlos Ginzburg, de los que da cuenta Semo, la gran cantidad de información que se despliega actualmente en la web -sin hacer alusión a las redes sociales como fuente histórica del futuro- en relación a las bibliotecas virtuales y las fuentes de archivo que se encuentran ya digitalizadas, supone ya un problema complejo de distinción para los historiadores, aunque de hecho es un tema que compete por igual a científicos sociales de otro gremios. Sin embargo, para Ginzburg, la inmensidad de las fuentes bibliográficas y documentales, tiene aún en un mundo virtual y digital, vigencia y posibilidades de que los historiadores sigan accediendo a sus acervos, poniendo el ciberespacio, por ahora, como un elemento potencializador al servicio del trabajo histórico que se realice en el futuro.

3. Redes sociales: territorios inmateriales como fuentes históricas del futuro

Es evidente que los procesos de globalización del mundo contemporáneo, han tenido un soporte importante en los medios digitales y las comunicaciones, lo cual ha permitido la interacción no sólo de corporaciones financieras o de los gobiernos, sino por igual permean la socialización de ideas de la gente común y otros organismos como las universidades, que expresan puntos de vista y opiniones sobre variados temas, entre ellos, por supuesto, la Covid. La tecnología también ha permitido que queden registros digitales a los cuales se puede acceder a través de la Web. Como lo señala un autor: “De este modo, emerge una cultura digital de registros interactivos, y en muchos casos mul-

timediáticos, que desplaza, paulatinamente, a una cultura basada en el texto impreso” (Bresciano, s/f).

La experiencia de la virtualidad, incluso, puede ser vista como una pretensión sin modestia entre los futuros historiadores, quienes presumirán de alguna forma que ya no dependen del documento y que sus fuentes son digitales (Pons, 2018: 20). Así, la materialidad del texto como artefacto histórico elaborado con una intencionalidad, se ve desbordada por un abanico inmenso de territorio inmaterial que cobijan la Web y las redes sociales, la cual por supuesto tampoco está exento de un propósito.

En este orden de ideas, de manera sutil, en un documento reciente publicado por el Comité Mexicano de Ciencias Sociales (COMECOSO), el historiador mexicano David Vázquez (2020: 210), planteaba una analogía de lo sucedido con los cronistas españoles que registraron la conquista del *nuevo mundo*, acaecida en el siglo XVI, con lo que ocurre en la actualidad respecto a las redes sociales, entre ellas *Facebook* y *YouTube*, las cuales de manera múltiple dan cuenta ahora de un mundo altamente globalizado. Como bien lo señala este historiador, serán todos esos testimonios, visiones y puntos de vista, los que al igual que las obras de los cronistas coloniales, tendrán en el futuro la necesidad de ser objeto de análisis e interpretación, en tanto fuentes históricas. Pero como lo advierte Vázquez (2020: 210), hay una pregunta que resulta trascendental para efectos de la pandemia de Covid 19 que actualmente existe: ¿Cómo se analizará la información de esas redes sociales por los futuros historiadores?⁶

Un reciente artículo de Noiret (2018) puede ayudar a dar respuesta a la pregunta. Este autor indica que, para el historiador, primero es imprescindible saber cómo funciona la red social, para luego pensar en la forma de analizar el contenido de la fuente de forma crítica. Y es que las diversas redes sociales se encuentran, en la actualidad, desarrollando conocimiento de carácter histórico:

Las redes sociales se relacionan con todas las formas de comunicación generada directamente por los usuarios, tanto si son académicos cualificados como aficionados o público en general. Fomentan la interacción entre iguales y el conocimiento producido por los internautas. (Noiret, 2018: 112)

⁶ En el artículo de Pons (2018) se hace una amplia discusión sobre cómo el uso de la tecnología ha impactado en diversas etapas la escritura de la historia y sus formas de comunicación. Sin ser, por supuesto, la excepción la contemporaneidad de la era digital.

Es una especie de *historia pública digital* que busca mostrar intencionalmente el pasado de los individuos, de las comunidades y sociedades, para consolidar una cultura en la red. En este concierto de cosas, el historiador tiene la misión de organizar el conocimiento, filtrarlo, recopilarlo, relacionarlo y criticarlo. Noiret es contundente en relación con las obligaciones del historiador: “Tratar de forma crítica estos contenidos y, especialmente, las fuentes primarias digitales, constituye una obligación profesional para los historiadores.” (Noiret, 2018: 115)

Pero, ¿cómo hacer lo arriba señalado? Hay dos operaciones básicas. Primero es necesario verificar la procedencia de la fuente, la calidad y lo fiable de la misma, y, en segundo lugar, enmarcar el contexto en el que se produjo la fuente primaria digital. Razón de más para reforzar estos procedimientos descritos, cuando se trata de redes sociales, en donde se generan datos que no son verdaderos en muchas ocasiones. Así, la virtualidad es el medio a partir del cual llega la información, pero la crítica a la fuente aún es pertinente realizarla de forma tradicional. Como señala Noiret, se trata de rutinas del historiador que no están alejadas de cómo se analiza el documento escrito:

Una crítica interna y externa de las fuentes al modo tradicional, como la que hacían los medievalistas cuando se centraban en la producción de fuentes y en el contexto en el que se habían originado, parece ser hoy la práctica más útil para los historiadores en el entorno de internet [...] (Noiret, 2018: 117-118)

Estos planteamientos también son explorados por Bresciano (2015) al referirse al análisis heurístico como herramienta estratégica del historiador. Pero ahora se trata de una heurística digital, la cual tiene como objetivo identificar imprecisiones en la creación del sitio, fechas de actualizaciones, la responsabilidad de o los creadores, quien aparece como contacto, errores en los nombres de instituciones y las políticas de privacidad, entre otros elementos. En suma, se trata de tratar de encontrar si hay incongruencias, repetición de errores, ausencia de datos y procedimientos poco o nada verosímiles en un territorio inmaterial.

Reflexiones finales

Está claro que las fuentes históricas tradicionales y su acceso público en medios físicos como archivos y bibliotecas, ya no son la única forma actualmente de acceder a la información que utiliza un historiador en sus indagaciones.

Desde hace ya más de dos décadas, el Internet y la digitalización de fuentes, así como la difusión de contenidos históricos por medio de revistas y libros de libre acceso en la red; permiten que el público en general y no sólo el especializado, conozcan los productos sobre temas históricos que se exhiben.

Adicionalmente, los blogs de contenido histórico, por ejemplo, se han convertido es una manera de difundir el conocimiento histórico, lo que da lugar a cuestiones sobre la intencionalidad que existe en el tipo de material escrito, gráfico, visual y auditivo que se difunde. Con ello, se pone en juego el asunto del uso crítico de las fuentes y la autenticidad de las mismas en torno a una explicación sobre determinado tema o problema histórico.

Cuestión no menor es lo relativo a las redes sociales y la inmensa producción cotidiana de datos, puntos de vista y exposición de imágenes, entre otras posibilidades. Como ya se ha hecho notar más arriba, la pandemia del Covid 19 expuso de manera más abierta y visible el uso de las redes sociales, para dar cuenta de forma obligada y desde el confinamiento, sobre amplísimos temas: la salud, la vida cotidiana, prácticas sociales, decisiones de política pública, las imágenes de la tragedia epidémica a nivel mundial, entre otros muchos más. Sin duda, estos acercamientos han sido la pauta para encontrar otra forma de realizar investigación y análisis sociológicos, antropológicos e históricos.

Para un historiador futuro, que mire hacia atrás y plantee un problema de investigación en torno a la pandemia acaecida al despuntar la segunda década del siglo XXI, será un asunto insustituible revisar las redes sociales, en tanto *territorio inmaterial*, para apuntalar empíricamente su investigación y ofrecer una explicación del pasado; sin olvidar hacer un uso crítico de dichas fuentes.

Bibliografía

- BRESCIANO, Juan Andrés (s/f). *Fuentes históricas para un nuevo tiempo. Los procesos de globalización y su abordaje heurístico*. Disponible en [https://www.academia.edu/2699807/Fuentes históricas para un nuevo tiempo](https://www.academia.edu/2699807/Fuentes_históricas_para_un_nuevo_tiempo). Los procesos de globalización y su abordaje heurístico.
- BRESCIANO, Juan Andrés (2010). “La historia oral en contextos digitales. Transformaciones recientes de un campo subdisciplinario” en *Historia Oral*. Vol. 3, núm. 2, julio-diciembre, pp. 11-32.
- BRESCIANO, Juan Andrés (2010). *La historiografía en el amanecer de la cultura digital. Innovaciones metodológicas, discursivas e institucionales*. Uruguay, Ediciones Cruz del Sur.

- BRESCIANO, Juan Andrés (2014). “La historia local en tiempos de internet. Nuevos cauces para una especialización disciplinaria” en *Tempo&Argumento*. Vol. 6, núm. 12, enero-abril, pp. 5-22.
- BRESCIANO, Juan Andrés (2015). “Los estudios históricos en la sociedad de la información” en *La historiografía ante el giro digital. Reflexiones teóricas y prácticas metodológicas*, Ediciones Cruz del Sur, pp. 15-56.
- EIROA, Matilde (2018). “El pasado en el presente: el conocimiento historiográfico en las fuentes digitales” en *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*. 110 (2), pp. 83-109.
- FERNÁNDEZ Izquierdo, Francisco (2000). “La historia moderna y las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones” en *Cuadernos de Historia Moderna*. Núm. 24, pp. 11-31.
- FERNANDES Mancano, Bernardo (2009). “Sobre la tipología de los territorios”. Disponible en <https://web.ua.es/es/giecryal/documentos/documentos839/docs/bernardo-tipologia-de-territorios-espanol.pdf>
- LECHÓN, Domingo y Dora Ramos (2020). “¿Es internet un territorio? Una aproximación a partir del hacktivismo en México” en *Economía, Sociedad y Territorio*. Vol. 20, núm. 62, pp. 273-301.
- NOIRET, Serge (2018). “Trabajar con el pasado en internet: la historia pública digital y las narraciones de las redes sociales” en *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*. 110 (2), pp. 111-140.
- PARRA Valencia, Juan Diego (2016). “Virtualidad: persistencia e insistencia de un nuevo viejo problema” en *Eidos*. Núm. 25, pp. 259-285.
- PONS, ANACLET (2018). “El pasado fue analógico, el futuro es digital. Nuevas formas de escritura histórica” en *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*. 110 (2), pp. 19-50.
- UCELAY-DA Cal, Enric (2015). “Historiografía y globalización” en *Mélanges de la Casa de Velázquez*. [En Línea]. 45-2, disponible en: <http://journal.openedition.org/mcv/6656>; DOI:10.4000/mcv.6656 [Accesado el 1 de enero de 2018]
- RAMÍREZ Velázquez, Blanca y Liliana, López Levi (2015). *Espacio, paisaje, territorio y lugar: la diversidad del pensamiento contemporáneo*. México, Instituto de Geografía-UNAM/UAM-Xochimilco.
- RUBIO Moraga, Ángel L. (2003). *Historia e internet. Aproximación al futuro de la labor investigadora*. Disponible en https://www.academia.edu/5875997/Historia_e_Internet_aproximaci%C3%B3n_al_futuro_de_la_labor_investigadora.

- SAQUET, M. (2015). *Por una geografía de las territorialidades y las temporalidades: Una concepción multidimensional orientada a la cooperación y el desarrollo territorial*. Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (Biblioteca Humanidades; 36).
- SEMO, Ilán (2021). “Ginzburg y la biblioteca fantasma”, *La Jornada*, 6 de marzo, disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2021/03/06/opinion/013a1pol>
- VÁZQUEZ Salguero, David Eduardo (2020). “La historia y los historiadores postcovid-19”. Disponible en: <https://www.comecso.com/las-ciencias-sociales-y-el-coronavirus/la-historia-y-los-historiadores-post-covid-19>.